

EL ORDEN SIMBÓLICO EN EL SIGLO XXI

Un quiebre estructural. Consecuencias

Silvia Szwarc

El hallazgo de lo que denominamos así surgió a partir del trabajo sobre el capítulo V del texto de J-A Miller "La angustia lacaniana", del Instituto Clínico de Buenos Aires- Paidós, Bs.As., 2007.

En momentos en que la ideología de la evaluación mostraba su ascenso al cenit en el campo de la bio-política y el rechazo al inconsciente que conlleva, el establecimiento del seminario 10 de J. Lacan constituía una respuesta desde el psicoanálisis de la orientación lacaniana ubicando a la angustia como afecto que no engaña respecto al **real singular** al cual un ser hablante está confrontado. El fármaco -para todos- solo intenta enmudecerlo. La dignidad del sujeto queda reducida a la de la rata de laboratorio. "La angustia lacaniana" es la presentación del seminario y la lectura que J-A Miller hace del mismo así como las circunstancias por las cuales fue elegido ese seminario en particular.

Ese esquema establecía la existencia de un losange, un quiebre en la enseñanza de J. Lacan.

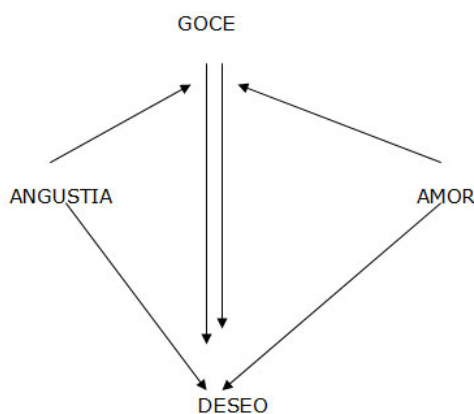
Los primeros 9 seminarios, los anteriores al seminario de *La angustia*, seguían la línea de la intencionalidad, del objeto que estaría en la mira del deseo, al que el deseo apunta, aquel que en el seminario 8 *La transferencia* ubica lo que causa la puesta en marcha del dispositivo a partir de suscitar la transferencia: ubica el objeto agalmático, revestido de valor, el objeto precioso en el campo del Otro. Esta «transferencia libidinal» de la que el analista es revestido, hace posible que este se convierta en *elamado*, el eromenon que Lacan desarrolla como metáfora del amor. El analizante cede el objeto precioso y él, el analizante, deviene tal en ese momento porque se transforma en deseante, en erastés y surge el amor de transferencia que es amor al inconsciente. El trabajo del análisis comienza a partir de la apertura que pone en juego al analista como agente del Sujeto supuesto Saber de ese saber sin sujeto, que es el inconsciente. Tanto el seminario 8 *La transferencia* como en su texto sobre Subversión, se aísla la función del objeto como $\alpha\lambda\mu\alpha$ en relación al diálogo de Platón *El banquete*.

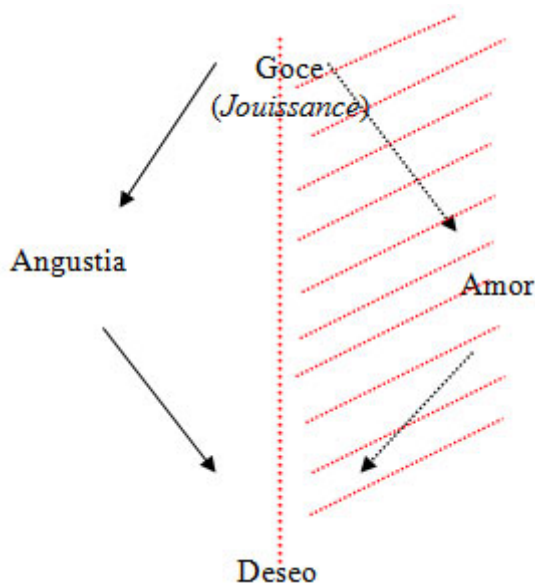
En la clase del 13 de marzo de 1963, "Aforismos sobre el amor", del mismo seminario, propone como aforismo "Sólo el amor permite al goce condescender al deseo".

Esta es una afirmación de enorme peso que reconoce sus antecedentes freudianos, que en un instante recorreremos.

Lo que J-A Miller propone es la existencia de otra vía que permitiría al Goce condescender al deseo, y es la angustia. Entonces vemos en ese capítulo V de *La angustia lacaniana* denominado "Una línea de quiebre" la existencia de dos triángulos, uno izquierdo que va de la angustia al goce y de allí, producción de objeto mediante, al deseo y aquel otro que grafica que el amor en tanto medio es lo que permite al goce condescender al deseo.

Es decir, tenemos dos medios: uno es el amor (que prevalece hasta el seminario 8, como destaca Miller y es lo que intencionalmente atrae hacia sí al deseo, como objeto de deseo, el agalma)





Las dificultades que se presentaban en la clínica, que encarnaban precisamente la caída de los ideales, la ausencia de brújula, la angustia no como defensora del terror, como lo planteaba Freud, sino invadiendo masivamente a un sujeto que se convertía en territorio arrasado, era posible advertir al mismo tiempo que el amor había dejado de ser un recurso o no contaba como tal. Entonces, si bien hay un momento en la obra de Lacan en el que la angustia es la manifestación de lo que no engaña, del encuentro con un real que divide al sujeto, simultáneamente con ello, se podía constatar que el lazo amoroso cada vez más flojo, más efímero, bajo sospecha de constituirse en el opio de la esclavitud femenina, empieza a tener mala prensa. Los encargados de transmitir al niño, el baño del lenguaje donde saber y goce harán su obra, se desdibujan, desertan, renuncian.

La increencia en los semblantes del nombre del padre, arrastra consigo al lazo amoroso de cuya presencia depende la renuncia a la satisfacción pulsional, la metáfora del goce vía el amor en tanto es lo que permite al goce condescender al deseo, y que el amor se dirige al sujeto y que su signo puede provocar el deseo.

Entonces:

¿Qué consecuencias clínicas tiene el desfallecimiento del triángulo derecho?

¿Qué orden simbólico se sigue de ello y qué formas clínicas adquiere su creciente pauperización?

La voz de las servidumbres voluntarias con las que se hace masa, el sentido común que vehicula los imperativos superyoicos de una época, el caldo de cultura donde se arman y desarman los lazos de quienes lo habitan y lo encarnan en la más radical ignorancia de su propia sujeción, simples marionetas de sus vaivenes, víctimas sin conciencia de sus estragos.

¿Por qué vías podría el psicoanalista del siglo XXI hacer frente a la subjetividad, netamente adictiva, en la que los imperativos superyoicos exigen cada vez más y producen cada vez más necesidad de castigo a la que, uno y cada uno, se entrega dócilmente?

“*Habemus Papam*”, el últimofilm de Nanni Moretti ¿no es acaso la expresión magistral de la inexistencia del Otro y de la orfandad en la que quedan sus fieles cuando el lugar queda vacante?

¿Es acaso coincidencia que la película anterior de Nanni Moretti esté referida a su contrapartida, a la figura de Berlusconi y a su total falta de pudor en lo relativo a los actos de gobierno, a la obscenidad de sus orgías y a la corrupción del poder concentrado en un solo hombre?

¿Qué hacer con eso?

La fragilidad de recursos simbólicos con los que viven gran cantidad de adolescentes los conduce al acting out como forma de poner en la escena un semblante, un modelo que les permita sostenerse en ella, sin caer de la misma. Cada uno de ellos está confrontado al aserto de certidumbre anticipada: Un hombre sabe lo que no es un hombre.

Los hombres se reconocen entre ellos por ser hombres.

Me apresuro a declararme hombre por temor de que me convenzan de que no soy un hombre.

Un embarazo imprevisto puede conmoverlos y conducirlos a una consulta. Sin embargo, *el no querer saber* prevalece. ¿Cómo estar a la altura de paternidad alguna cuando se es “*pura cáscara*”? ¿Qué hacer frente a las *consecuencias de algo que ocurrió sin que nadie lo esperara ni lo soñara*? Desde su ingreso en la adolescencia, las drogas son una manera de no saber nada de su inconsciente, ni del malestar, ni de la castración, ni del amor.

¿Cómo continuar habitando el mismo anonimato en que han podido sobrevivir hasta esa irrupción o la de cualquier real que advenga?

«*El niño*», un film de los hermanos Dardenne.

“Elegimos a los desheredados porque no son visibles. Nadie los mira de una manera real, nadie ve sus sueños, su amor, y por eso nos gusta hablar de ellos.” En estos términos se expresan los hermanos Dardenne, respecto a este film en el que tratan el nacimiento del hijo de estos adolescentes que son Bruno y Sonia. Bruno, 20 años. Sonia, 18. Viven del subsidio de Sonia y de los robos cometidos por Bruno y los chicos de su pandilla. ¿Cómo puede Bruno convertirse en padre, alguien alegre, que ama a Sonia y preocupado por el presente inmediato y por el dinero que obtiene de sus robos? Los prestigiosos directores belgas vuelven a tomar a los adolescentes como protagonistas, ya que les interesa seguir su evolución y sus cambios en un mundo que vive de espaldas a planteamientos éticos. Son seres sin pasado ni futuro que viven en la inmediatez de la falta de trabajo, la soledad, la ausencia de educación. Les basta subsistir. Son simplemente jóvenes desorientados a quienes los directores no enjuician, sin golpes bajos, aunque Bruno pueda vender a su hijo, ya que todo es mercancía y él debe sobrevivir aunque ame a Sonia, cosa que manifiesta a cada instante. Carece de conciencia y la propuesta que le hacen relativa al valor del niño, lo tienta. No importa demasiado que Bruno sea capaz de vender a su propio hijo, ya que ello no significa nada en ese momento. Con la misma inmediatez y superficialidad se arrepentirá. La historia personal de la pareja no es más que una metáfora de una sociedad del bienestar que vive el presente, que se ha olvidado de lo moral y de quienes carecen de lo necesario moral o afectivamente. El retrato de Bruno se completa con el de Sonia, joven madre que –en medio de una vida desestructurada y sin proyectos– hace de su hijo un hijo y se aparta de Bruno. Una vez más, el amor como vehículo redentor y ancla para sobrevivir al naufragio de una sociedad desquiciada y abocada a la soledad.

El film de los hermanos Dardenne, recorta un síntoma de la época y de la precariedad del orden simbólico no regido por el nombre del padre como punto de capitón que organiza los lazos y los sostiene.

Bruno, para sobrevivir, hace del niño otra mercancía que reporta dinero. Lo impensable para él es la respuesta sorpresiva de Sonia, ya que introduce un elemento nuevo en su vida: el amor por el niño que lo anula como mercancía. En ese desencuentro, Bruno perderá tanto a uno como a otro. Y en esa pérdida otra posibilidad se abre ante él. El amor, en el film de los directores belgas, permite la transformación del personaje no solo respecto a Sonia y al niño. *El niño*, título equívoco si lo hay, ya que sus personajes viven como tales, se transformará en hombre.

El amor y su pérdida: la constitución de “lo malo”

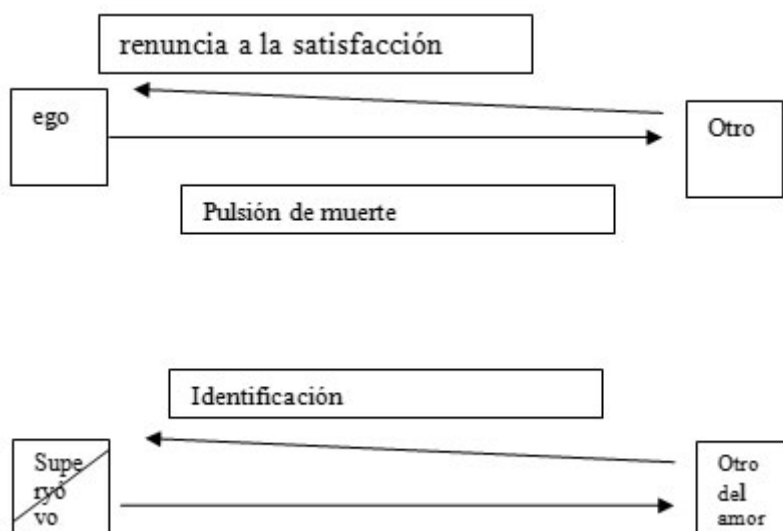
No existe, dice Freud, una capacidad originaria que permita discriminar el bien del mal. Lo malo no es lo que es perjudicial para el yo sino que muy por el contrario, lo que pueda depararle contento. Entonces, es necesaria una influencia ajena que establezca qué debe ser bueno y qué debe ser malo. Inercialmente el niño no seguiría ese camino por sí mismo: comería arena, la arrojaría al aire y con ello a los ojos, lo que emprende con verdadero entusiasmo. Pero aquel que lo cuida, deberá impedirle una y otra vez hasta que observemos que en honor de aquel, la piedra que encontró, en vez de llevársela a la boca, la arrojará lejos de sí, también una y otra vez, generando el aplauso de quien así festeja el logro obtenido por sobre la inclinación. La razón de la aceptación de la influencia externa, depende de la indefensión inicial y prolongada del cachorro humano. La angustia frente a la pérdida de amor es equivalente a la desprotección y al peligro que su pérdida entraña. Luego, lo malo es aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida del amor y es preciso evitarlo por la angustia frente a esa pérdida.

Cuando esa autoridad es interiorizada aparece el superyó, que es un subrogado de la autoridad pero en tanto se constituye en una vigilancia que se ejerce desde el interior. Sin embargo, aparece algo paradójico: cuanto más renuncia el individuo a la satisfacción pulsional, más exigente es el superyó. En relación a este capítulo del *Malestar en la cultura*, J-A Miller en su curso *Los divinos detalles*, en el capítulo 11 llamado "Los impasses del superyó", señala que el superyó constituye la división del sujeto en el que, lejos de trabajar por su bienestar, trabaja para la pulsión de muerte. En este sentido podría decirse que lejos de ser la tendencia natural del sujeto la supervivencia, la pulsión de muerte encarnada en el superyó funciona como antiprograma del principio del placer, constituye justamente lo que Freud denominó su *Más allá del principio del placer*. El malestar del sujeto es su propia división en la civilización y testimonia que si Eros es el factor de cohesión, Tánatos es el antiprograma que está incluido simultáneamente produciendo el malestar.

A este respecto, M. H. Brousse proponía modificar el título de esta obra freudiana y sustituirlo por "la cultura es el malestar"[1], que sería más justo.

Respecto a la génesis del superyó es posible ubicar dos vías: la de la identificación y la de la transmutación del goce, que se realizan no sin un *operador de conversión*, que requiere la presencia de un tercero. La agresión se dirige hacia el mundo exterior, donde se encuentra con esa presencia que la impide, que obstaculiza su satisfacción. Ese operador de conversión es el Otro, tanto de la necesidad, ya que depende de él para no sucumbir debido a su desamparo inicial, pero fundamentalmente es el Otro del amor. Aún no se trata del superyó sino de la autoridad externa que puede no saber y es posible engañarla. Cuando esta autoridad es adquirida por identificación, su consecuencia es la división. El superyó es adquirido por identificación simbólica con la autoridad del Otro[2], y siempre sabe. Ante él no es posible diferenciar entre lo que se hizo efectivamente y lo que se deseó. En cuanto a la segunda vía, la del goce, el operador de conversión, vía el amor, conduce a la renuncia pulsional. Y aquí hallamos la metáfora en cuestión enunciada en "Aforismos sobre el amor", del Seminario 10, *Sólo el amor permite al goce condescender al deseo*.

Sin embargo, no podemos dejar de destacar que allí donde estuvo el Otro del amor, como autoridad externa que vela por el niño y sus cuidados, vendrá el superyó que divide al sujeto y está en la raíz de sus síntomas. Su carácter paradójico es destacado por Freud en este capítulo VII de su *Malestar*. Freud describe que el más santo no es sin embargo el más feliz, ya que no deja de padecer por su causa. ¿De dónde podría venir el sentimiento de culpa que no deja de atormentar al más virtuoso? La explicación que encuentra es que la renuncia a lo pulsional genera hostilidad. En un principio hacia aquel que la exigió efectivamente, y que ahora alimenta al superyó, mientras que la satisfacción sexual substitutiva nutre al síntoma.



Se anudan síntoma y superyó. Es el antecedente inquietante del partenaire[3] que acompañará al sujeto donde se entretejen amor y sufrimiento. ¿Qué operador de conversión convendrá al deseo del analista para sustraerse a esta serie y poder operar?

Si la repetición como repetición de goce constituida por el síntoma y el superyó, ¿cómo sería posible separar el original de la copia? El film *Marca registrada*, con la genial Juliette Binoche, muestra la imposibilidad de su interrupción en tanto funciona moebianamente. No hay distancia posible sin el vacío intermedio que el deseo del analista encarna topológicamente.

El superyó en los seminarios de J. Lacan: de la figura obscena y feroz- a la voz pura como soporte

En El Seminario, Libro 1, *Los escritos técnicos*, define al superyó en primer lugar como un “imperativo”, su “carácter insensato, ciego, de puro imperativo, de simple tiranía”, como “la ley y su destrucción”[4]. “En este sentido, el superyó acaba por identificarse sólo a lo más devastador, a lo más fascinante de las primitivas experiencias del sujeto. Acaba por identificarse a lo que llamo la figura feroz (...)”

En *Nuestro programa*, al comienzo de El Seminario, Libro 7, *La ética del psicoanálisis*, toma el *Wo Es war, Soll Ich werden* de Freud, que traduce allí el deber ser del psicoanálisis, donde Eso era, el sujeto debe advenir, para preguntarse si el sujeto quiere lo que desea y sostiene que “cuanto más se avanza en la experiencia analítica, se plantea esta pregunta y precisamente frente a imperativos extraños, paradójales, crueles, que le son propuestos por su experiencia mórbida. Y continúa, ¿acaso su verdadero deber no es ir contra ese imperativo?”[5]

En el seminario 16, el superyó deja de ser una instancia. Su soporte es la voz a la que no se puede dejar de prestarle obediencia. Es en el terreno de la perversión donde encuentra su ilustración. “Cierta masoquismo moral solo puede fundarse en este extremo de la incidencia de la voz del Otro, no en la oreja del sujeto, sino en el nivel del Otro, que él instaura como completado por la voz. (...) Claramente el sádico no es más que el instrumento del suplemento dado al Otro, pero que en este caso el Otro no quiere. No quiere, pero obedece de todos modos.

Tal es la estructura de estas pulsiones, en la medida en que revelan que un agujero topológico es capaz de fijar por sí solo toda una conducta subjetiva[6] (...)”

Tenemos, por tanto, al superyó configurado en un encuentro traumático con lo real: *imperativo, voz de mando, imposible de dialectizar e integrar en el discurso.*

El carácter discordante separa las palabras de la voz como soporte del imperativo, cuya vecindad se produce en el agujero del trauma; coyuntura por donde la estructura se hace drama produciendo la eclosión de una neurosis o el desencadenamiento de la psicosis.

No hay reproducción sin cortejo

En el seminario 18, J. Lacan ubica allí los semblantes del encuentro amoroso que se conocen en la etología por medio del cortejo del macho a la hembra. No hay apareamiento sin cortejo. Y menciona que únicamente en la especie humana estos semblantes, los del cortejo, se vehiculan en un discurso, y que sólo a nivel del discurso es llevado hacia algún efecto que no fuera del semblante, se produce un pasaje al acto denominado violación[7]. “Esto ocurre en los límites del discurso en el que se sostiene el semblante mismo, hay de tiempo en tiempo real y es lo que se llama pasaje al acto”. El amor, por el contrario se dirige al semblante[8]. El Otro del amor, entonces, ofrece los semblantes, transmite los semblantes que una cultura comparte y a través de los cuales se distribuye el goce.

Subrayamos:

- 1) solo a nivel del discurso hay lugares diferenciados,
- 2) el discurso sostiene el semblante mismo,
- 3) cuando se franquean los límites del discurso puede producirse el pasaje al acto, es decir, la irrupción de un real.

Y es en este punto donde nos interrogábamos respecto a las consecuencias sintomáticas sobre la subjetividad de la ausencia del amor. No se trata solo de una línea de quiebre en la enseñanza de J. Lacan sino del desfallecimiento del amor como consecuencia de la prevalencia de $a>I$ y de la increencia en los semblantes del nombre del padre.

“(...) El niño está hecho para aprender algo. He aquí lo que nos enuncia Freud, lo que nos enuncia Kant... es extraordinario que lo haya presentado, pues ¿cómo podía él justificarlo? Está hecho para aprender algo, es decir, para que el nudo se haga bien (...)”[9]

En RSI define al síntoma, como el modo de gozar del inconsciente, allí donde el inconsciente lo determina[10].

“Lo dicho primero, decreta, legisla, aforiza, es oráculo; confiere al Otro real, su oscura identidad. Tomemos solamente un significante como insignia de esa omnipotencia” [11]

Se trata del goce del significante amo, que se encarna en el síntoma o en el pasaje al acto suicida, y que habita en las voces o en el axioma de certeza en la psicosis.

Esa condensación de goce que constituye el goce del significante amo, ¿es saber?

Es el inconsciente real, el Otro que existe: "(...) La existencia del Otro recibió en la elaboración freudiana su nombre: el Otro que existe; es lo que Freud llama el superyó, principio de la repetición (...) y que resulta ser determinante para la conducta o el comportamiento del sujeto (...)"[12] Ese principio de la repetición ¿es saber?

La no-relación permite la metáfora: El saber como forzamiento

En el Seminario 21, *Los no incautos yerran*, diferencia el lenguaje del saber, y sostiene que el lenguaje es efecto del significante Uno mientras que el saber es la consecuencia de que hay otro, con lo que harían dos en apariencia. El estatuto de este segundo significante es que justamente no tiene ninguna relación con el primero, no forman cadena, aunque lo haya dicho en el inicio de su enseñanza. En Función y campo sostuvo que hacían cadena y ello constituye un error, pero fue necesario para descifrar. Cuando se descifra se embrolla. El significante dos es la sustitución del otro significante por el significante Uno.

"(...) Descifrar. Es decir, sustituir el otro Significante por... por el Significante Uno. Aquél no da dos sino porque ustedes le agregan el descifrado. Lo que enseña permite contar tres. Esto no impide escribir — lo hice — : S, índice 2, porque es así como debe leerse la fórmula del vínculo de S1 a S2. Es puro forzamiento, pero no forzamiento de una noción. Es lo que nos pone bajo el yugo del saber. Puesto que les estoy hablando del psicoanálisis, agrego: el yugo del saber, en el lugar mismo de la verdad (...)"[13]

Luego es por la vía del agujero del No hay relación sexual, del goce que el saber se produce vía sustitución, vía metáfora y tiene como condición al inconsciente, a partir del goce[14].

Algo que el discurso llega a obtener por la ranura del decir verdadero, puede reanimar lo que está taponado por el goce fálico, ese saber real pero no subjetivado, separarlo en lo imaginario, efectuar la castración simbólica para que pueda ser oído y llegue entonces a suplir la relación sexual que no hay[15].

El inconsciente real es un condensado de goce y constituye la cárcel de hierro del superyó y de sus crueles imperativos.

La increencia y la cárcel de hierro del superyó

E. Laurent en una entrevista que le hicieron en oportunidad de las jornadas 2010 de la EOL[16] en la que desarrollaba de qué modo el orden simbólico a partir de la increencia en los semblantes del nombre del padre, deja librado a los sujetos a la crueldad de sus propios imperativos superyoicos- de no mediar un nuevo amor, único capaz de mantenerlos a distancia de sus crueles mandatos, que el fundamentalismo islámico ilustraría de manera brutal. Devastados los semblantes del nombre del padre que permitía la articulación del deseo y la ley, la increencia conduce también al llamado al gran hombre, de trágicas consecuencias en el siglo pasado que se pueden contabilizar en los millones de cadáveres, que dejaron a su paso. Entonces por un lado, la ley de hierro del superyó y sus crueles imperativos y por otro la docilidad con que es posible responder a la voz cuando esta ordena. De allí que Eric Laurent ubicara el nuevo amor como único medio de sostener el vacío en lugar de la superposición de esos dos extremos.

Esta entrevista a E. Laurent, y las conferencias que realizó este año M. H. Brousse, tanto en relación al superyó en la obra de J. Lacan como de la ética[17] que corresponde a su última enseñanza, nos permiten concluir lo siguiente:

El nuevo amor, que no es sin la angustia, hace posible salir de la cárcel de hierro del superyó.

El lugar que ocupa el analista es el lugar del amor como medio. El goce del significante amo, en el discurso del analista, se descubre contingente y permite su caída.

No sin el saber como medio por el cual esos significantes amos se producen y se desprenden como restos, una vez indemostrados, inconsistentes, refutados, indecisos.

La caída del Ideal ¿qué consecuencias sintomáticas en el tratamiento de lo real?

Como señalaba M. H. Brousse en abril de 2010[18], el borramiento progresivo del Ideal del yo se correspondía con la subida al cenit del imperativo superyoico que ordena gozar con carácter obligatorio, que el S1 pasa a depender de lo múltiple. De ello se seguía un nuevo estatuto de la verdad que depreciaba el decir y lo rebajaba a la función de la propaganda. Señalaba el texto donde J. Lacan lo anticipaba en "La psiquiatría inglesa y la guerra" respecto a los oscuros poderes del superyó, conjugados con los cobardes abandonos de la conciencia para llevar a los hombres a una muerte aceptada (...) no sin "el creciente desarrollo de los medios para actuar sobre el psiquismo"[19].

Deja planteada tres preguntas que son a su entender las que deberán trabajarse en el próximo congreso respecto al orden simbólico:

1. ¿Cuáles son las consecuencias sintomáticas de la subida al cenit del superyó y de la caída del Ideal en el tratamiento de lo real?
2. ¿Qué modificaciones implican en la cura y en la teoría analítica sobre el estatuto del inconsciente?
3. ¿Qué fuerzas habrá que movilizar en este nuevo orden simbólico en el tratamiento contra las fuerzas oscuras del superyó?

«De lo único que se es culpable es de haber cedido sobre el deseo», del seminario *La ética del psicoanálisis*. Lacan, en el seminario 20, a lo largo de sus clases reitera su anhelo de volver a escribir ese seminario.

M. H. Brousse ubica al seminario 21 como aquel que en el cual hay numerosos vestigios de una reescritura de la ética que se corresponde con la última enseñanza de J. Lacan.

Ser incauto del inconsciente a condición de no creer en él. Amar la no relación. La disyunción entre ser incauto y la creencia se sostienen de que lo real para Freud es lo oculto[20], aunque simultáneamente, no creyera en ello.

Y este recorrido ¿qué nos permite obtener? Que la increencia deja de ser un obstáculo.

E. Laurent planteaba sus ventajas y desventajas: por un lado permite que creamos menos en tonterías.

Por otro lado, encierra el peligro que es el llamado al gran hombre y las consecuencias históricas que ello tuvo. Luego, no es de ese amor del que se trata para mantenernos a distancia de los propios y devastadores imperativos del superyó. Entonces, un amor separado de la creencia. Hemos salido de la religión.

1. http://www.ciecordoba.com.ar/index.php?option=com_content&view=section&layout=blog&id=11&Itemid=149
2. de aquellos de quien se recibe, el saber, el goce, y el objeto. *El seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Capítulo XX.
3. La definición de J. Lacan de que «una mujer puede ser un síntoma para el hombre» incluye el odioamoramiento que venimos de situar en este nudo superyó síntoma del que habla Freud en el capítulo VII del Malestar.
4. en obra citada, página 161, Paidós, Bs.As. 1981
5. Lacan, J. : *Le Séminaire livre VII*, Editions du Seuil, Paris, 1986. Página 16.
6. Lacan J.: *El seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, capítulo "Clínica de la perversión", Paidós, Bs.As, 2008, página 235.
7. J. Lacan: *El Seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante*, Capítulo II, "El hombre y la mujer". Paidós, Bs.As, 2009, "(...) Es verdad que el comportamiento sexual humano encuentra cómodamente referencia en el cortejo tal como este se define a nivel animal. La única diferencia es que este semblante se vehiculiza en un discurso, y que en este nivel de discurso- y solo en este- es llevado hacia, permítanme, algún efecto que fuera del semblante. De aquí que, en lugar de tener la exquisita cortesía animal, ocurre que los hombre violan a las mujeres o inversamente (...)", página 31-32
8. J. Lacan: *El Seminario, Libro 20, Aún*. Capítulo 8, "El saber y la verdad", 20 de marzo de 1973.
9. J. Lacan: Seminario 21. "Los no incautos yerran" (inédito). Clase del 11/12/73.
10. Lacan J.: "RSI", clase 6 del 18/2/76 "(...) hay consistencia entre el síntoma y el inconsciente, excepto que el síntoma no es definible de otro modo que por la manera en que cada uno goza del Inconsciente en tanto que el Inconsciente lo determina (...)".
11. Lacan J.: "Subversión del sujeto". *Escritos I*.
12. Miller J. A: *Los usos del lapso*, "El acontecimiento imprevisto", Paidós, Bs.As., 2004.
13. Lacan J.: Seminario 21, inédito, "Los no incautos yerran". Clase del 11/12/73
14. Lacan J.: *El seminario, Libro 16, De un Otro al otro*, Capítulo XX: "Saber Goce" ubicaba "(...) Gracias a la relación positiva del sujeto con el goce llamado sexual, pero sin que esté asegurada de ningún modo la conjunción, aparece el deseo de saber. El deseo de saber se designa como esencial para la posición del sujeto. El punto fundamental del descubrimiento psicoanalítico es el paso decisivo que dio Freud al revelar la relación de la curiosidad sexual con todo el orden del saber (...) página 293.
15. Aquí el querido Freud confirma en cierto modo que de eso se trata cuando se trata de lo Real, que se trata de algo que se escribe, algo que se escribe que se trata de leer, de leer descifrándolo, y ¿qué quiere decir esto?, no otra cosa que ese algo que —si puedo decir— al reanimarlo, en el sentido de ese algo que obstaculiza todo intento de desembocar en la relación propiamente dicha, al reanimarlo gracias a ese algo que es la especie de parásito, de mueble del cuerpo que el discurso analítico designa como falo, hace que lo que taponaba el goce —en rigor—, y el goce fálico como tal, lo que taponaba gracias a algo que el discurso llega a obtener, o sea, separarlo en lo imaginario, hacer esa castración simbólica, permita que algo triunfe o falle, falle casi siempre, lo que establece al menos entre dos sujetos algo que se asemeja a la relación, algo que cesa de no escribirse para algunos casos raros y privilegiados. Seminario 21, "Los no incautos yerran". Clase del 12 de febrero de 1974.
16. <http://lacanparaafuera.blogspot.com/2011/03/entrevista-eric-laurentm2p.html>
17. Brousse M. H.: Noches de escuela: *¿Qué Ética para la última enseñanza de Lacan?*, inédito. Se anuncia una reseña en la revista El Caldero Nueva serie No 15.
18. Brousse M. H. : <http://www.congresoamp.com/es/template.php?file=Videos/Brainstorming-Day-Parte-2.html>
19. Lacan J.: «La psiquiatría inglesa y la guerra», *Uno por uno No 40*.
20. J. Lacan: Seminario 21, Los no incautos yerran, clase del 11/12/73 "(...) ¿qué es para Freud lo Real? Y bien, se los diré hoy: es, justamente, lo oculto. Y lo es precisamente por cuanto Freud lo considera como lo imposible. Pues acerca de la historia del ocultismo y la telepatía, él nos previene, e insiste, que no cree en ella para nada. Cómo es posible que alguien como Freud haya podido perseguir, en fin, con tal obstinación, la sombra de ese oculto que él consideraba

como, hablando propiamente, una cavilación de imbéciles. Léanlo bien y lo verán.

Y bien, el interés de lo que la vez pasada quise anticiparles y no les dije sino por medio de la frase final, —que no hay iniciación—, frase que los que tienen orejas supieron localizar como la única interesante, es justamente que Freud — y esto merece ser mirado dos veces— era INCAUTO (*DUPE*) DE LO REAL.

Era incauto (*dupe*) de lo Real aunque no creyera en ello. Y de esto se trata. Para el buen incauto (*dupe*), el que no yerra, es preciso que haya en alguna parte un Real del que él sea incauto (*dupe*)”.